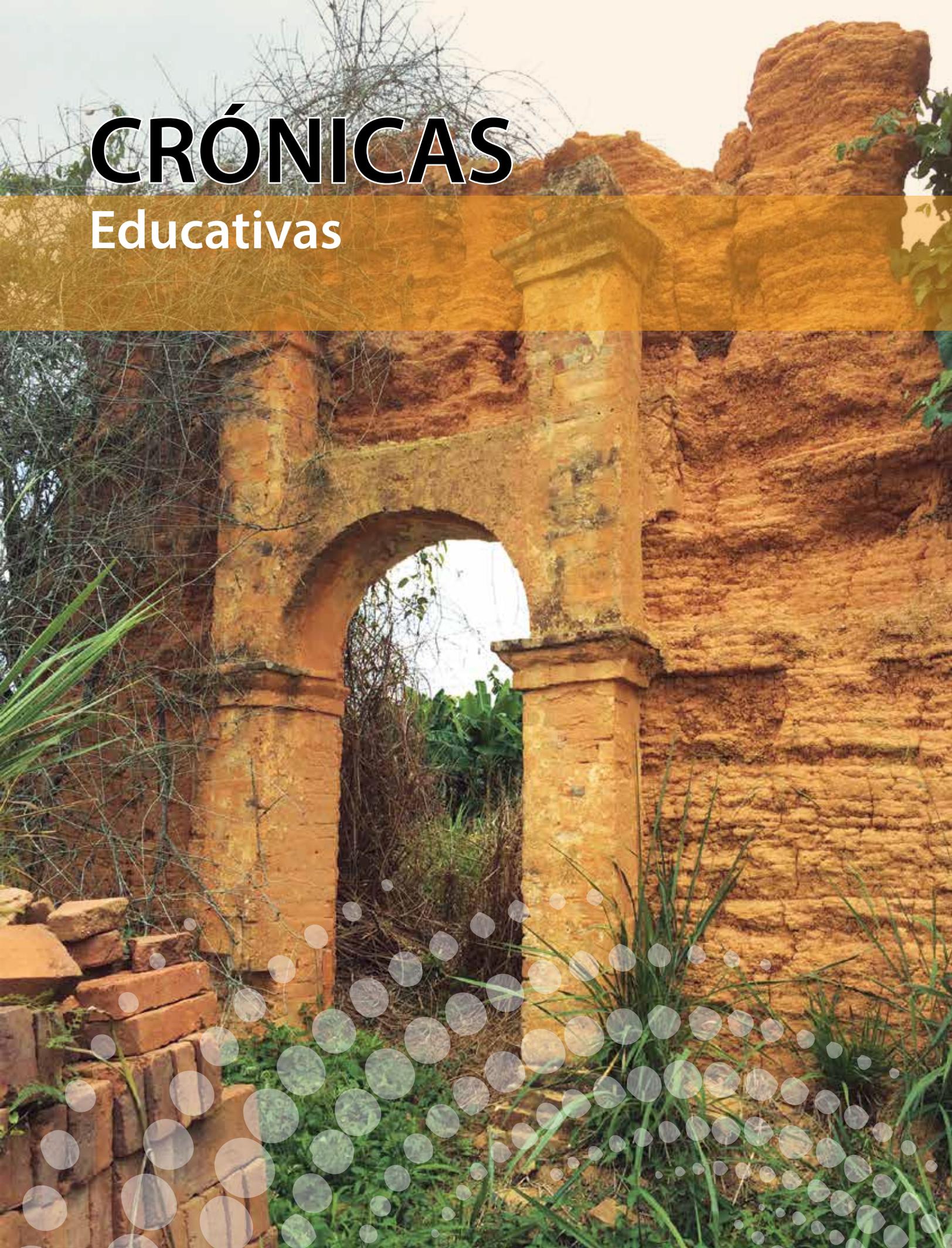


CRÓNICAS

Educativas



Metamorfosis de fray José Rodrigo Arias

Lina María Hoyos Montoya
Magíster en Administración de Empresas
Docente Facultad de Cultura Física
Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga
Correo electrónico: lina.hoyos@ustabuca.edu.co



Fotografía: autora del artículo.

La fuerza vital, gran protagonista de esta historia, muestra su poder y es responsable de todos los cambios y transformaciones. De la misma forma en que la mariposa evoluciona, y se libera de todo aquello que le impide vivir a plenitud; transformándose en un nuevo ser libre, sano y feliz. Así fray José Rodrigo Arias, su fuerza vital, sus ganas de salir adelante, de luchar para que su condición de salud no frustre sus objetivos, debió pasar por un proceso que le permitió como una oruga, convertirse en mariposa, mediante la conocida metamorfosis. En

esta etapa, se describe cómo la oruga antes de formar la crisálida y salir de su capullo desarrolla los tejidos y las estructuras necesarias para volar, de la misma manera con este aprendizaje puede adoptar numerosas tonalidades corporales, propias de una personalidad enérgica para desplegar sus alas y demostrar que si se quiere, se puede. Así fray Rodrigo Arias se transformó de una oruga lánguida a una mariposa que deslumbra con sus colores reflejados en su fortaleza interior.



La etapa de huevo

El desarrollo embrionario tiene lugar en el huevo, este es el primer momento, cuando recibe la noticia del diagnóstico de una patología evidenciada en sus primeros síntomas.

—*Tiene enfermedad de Parkinson. Le dijo su neurólogo.*

—*¿Enfermedad de Parkinson? ¿Qué es eso?*

Fray José Rodrigo Arias, más conocido como *Mono Arias* en la Comunidad de Dominicos, de profesión sicólogo, es un hombre fuerte de carácter y de visión altruista, con un humor negro muy particular, disciplinado, perseverante, que no ha permitido que las situaciones adversas lo desmotiven. Se enteró que tiene Parkinson desde hace tres años y medio. Ha tenido que pasar por momentos que han marcado su metamorfosis personal, momentos de negar la posibilidad de padecer esa enfermedad, de buscar otras opiniones médicas, de indagar por medicinas alternativas que minimizaran los síntomas.

Al ver que nada mejoraba su estado de salud y que la sintomatología se acentuaba, fray José Rodrigo inició un tratamiento con medicina alopática que tuvo muy malos resultados. Además, el neurólogo le recetó dosis muy altas de medicamentos, que hicieron efecto rebote

provocando que los síntomas fueran cada vez peores, decidiéndose entonces, por la medicina homeopática durante un año y medio de tratamiento. —“Al inicio me dio buenos resultados, me sentía mejor, pero poco a poco fue pasando el efecto placebo”. En este momento habla el sicólogo que es: —“Uno puede engañar al cerebro por un tiempo con esas agüitas, pero luego ya no funciona”.

La etapa de larva

Etapa en que la larva se dedica exclusivamente a alimentarse y a medida que va creciendo se va convirtiendo en jugosa oruga. Así nuestro personaje fray José Rodrigo, quien es un hombre de academia (doctor en Sicología Clínica) se interesó por investigar, indagar; o mejor como él dice:

—Escarbé todo lo que pude para entender mi enfermedad, para sobrellevarla de la mejor manera y cumplir con todos mis compromisos laborales, porque no quería perder espacios en la Universidad. Amo mi trabajo. ¡Sabía que algo estaba pasando conmigo, ya no era el mismo, habían cambiado tantas cosas en tan poco tiempo; mi forma de caminar, el temblor tan marcado en mi mano derecha e incluso en mi forma de hablar: se afectaron mis cuerdas vocales. Estaba desesperado y sabía que debía hacer algo, pero no sabía qué!

Después de su investigación dedujo que esta enfermedad es poco conocida y mal interpretada por las personas del común: *“algunas piensan que quien tiene Parkinson se le acabó la vida y va morir postrado en una cama, y eso, precisamente era lo que yo quería evitar, terminar en una silla de ruedas o postrado en una cama”*.

La etapa de pupa o crisálida

Estado de latencia o diapausa donde la oruga se encierra dentro de una cápsula protectora, que generalmente posee colores que sirven de camuflaje. Ocurre pues, el momento del proceso en que fray Rodrigo, evita presentarse en público, se desplaza tan rápido como le es posible para reducir las oportunidades de que personas curiosas le pregunten por su condición de salud. Entra en estado de ostracismo voluntario, trata de ocultar los síntomas evidentes de su enfermedad; camina con las manos en los bolsillos o atrás, para disimular con su mano izquierda el temblor de la derecha; se aleja en lo posible de los actos públicos, y se cubre con una coraza de indiferencia, dejando ver su carácter fuerte más marcado, como mecanismo de defensa, ante los comentarios que eran inevitables. —*“Me molestaba que las personas me miraran con compasión, que me hablaran diferente, que me hicieran comentarios referentes a mi estado de salud; por eso decidí poner un muro entre las personas y yo”*.

Etapa de imago o adulto

En esta etapa los órganos juveniles se reabsorben y ocurre una reorganización morfológica y fisiológica total. Al emerger la mariposa adulta esta se encuentra demasiado frágil, con las alas pequeñas y húmedas; pero luego de unos minutos las estira y fortalece completamente, comenzando así, su maravillosa vida. Esta fue la fuerza invisible que invadió al padre Rodrigo: mantenerse activo en la Universidad fue la motivación que lo hizo florecer y resurgir. Es aquí donde el *Mono Arias* saca fuerzas para elevar sus alas y volar. Proceso paulatino lleno

de subidas y bajadas, de anécdotas, de rabias, de alegrías, de chistes, de sobrenombres en fin de *Rodrigadas*.

La llamada

Bastó solo una llamada para alterar el orden de nuestras vidas. En un día cualquiera del mes de julio de 2015 recibí una llamada extraña, que rompió con la cotidianidad de un sábado. — Tiene una llamada del convento. — Me anunció el vigilante de turno. Con incertidumbre tomé el teléfono, respondí y una voz muy particular, que inmediatamente identifiqué se dejó escuchar al otro lado del teléfono:

—¿Será que usted, puede ayudarme? ¡Tengo un grave problema y no sé, si usted pueda hacer algo por mí! — Me dijo al otro lado del teléfono el padre Arias

—Claro padre que puedo hacer algo por usted. — Un silencio se instaló en nuestra conversación, seguramente buscaba la mejor manera de explicarme cuál era la situación que lo agobiaba:

—Hmmm... Resulta que hoy ya es la segunda vez que he estado a punto de ahogarme. Eso me tiene angustiado, no sé qué me pasa, perdí toda la fuerza, yo he sido siempre un buen nadador y esta situación me confunde.

—¿Puede hacer algo por mí? ¿Puede hacer algo por mí? — La voz me repetía insistentemente... y por primera vez de miles de veces escuché la siguiente pregunta:

—¿En cuánto tiempo me voy a recuperar? ¡Dígame por favor!

Llegamos al acuerdo de vernos el siguiente día para hablar personalmente y empezar el proceso. Tal como habíamos pactado, llegó muy temprano ese domingo, acompañado de su lazarillo, el mismo con el que días anteriores había visto recorriendo los pasillos y las escaleras de la Universidad. Se veía angustiado, cansado; se dirigía lento hacia mí, los movimientos



Fotografía: autora del artículo.

en el patrón de marcha vislumbraban la dificultad para caminar; arrastraba sobre todo su pierna derecha, la postura corporal se proyectaba con el tronco hacia delante, los hombros caídos y mirada al suelo.

Quien estas líneas escribe lo esperaba sentada en una vieja silla roja, aproximándose me dijo: —¿A usted todavía no la han echado? — Saludo cotidiano de este personaje cuando me encontraba en cualquier lugar. Acompañado luego de una sonrisa pícaro con tintes de humor y sarcasmo. Su personalidad peculiar hace que el *Mono Arias* se desenvuelva entre amores y odios. Para mi fortuna me encontraba en el primero, por ello tuve toda la disposición de escucharlo para encontrar juntos soluciones a sus dolencias.

Traía en sus manos un chaleco salvavidas, el mismo que provocó de cierta manera, los acci-

denes que mencionó en su llamada. El chaleco se le subió y para él fue imposible recuperar la posición, afortunadamente un vigilante lo vio y lo ayudó a salir desde la orilla. No fue necesario meterse a la piscina, porque si no ese día los ahogados habrían sido dos, por casualidad me enteré por testimonios de la esposa del salvavidas que “no sabía nadar”.

Largo rato charlamos. Me contó por el proceso difícil por el que pasaba, todos los aspectos que se anteponían a la decisión de llamarme. Le pedí que me acompañara a la piscina para poder ver la situación, pero él no quiso, se sentía inseguro y desconfiado, solo me preguntaba el porqué de lo que le sucedía y me repetía una y otra vez que si sería posible que yo lo ayudara y ante todo insistía en cuánto tiempo tardaría en recuperarse.

Me hizo varias preguntas mientras me inquietaba con su mirada inquisidora, como si tratara de descifrar qué tanta experiencia y conocimiento tenía. Después de dos o tres horas dialogando decidió marcharse y acordamos una nueva cita, esta sí, para adentrarnos en las aguas profundas que marcaron el principio de una empatía necesaria para la consecución de los objetivos que juntos nos trazamos.

Su compañero de aventuras

El día en que iniciamos este proceso, su enfermero consentido, Edgar Vargas, le presentó a una persona más joven que él, Luis Fernando Calvo, quien sería su compañero en este viaje. Hablaron de sus experiencias y Luisfer le comentó acerca de su neurólogo, le dijo: —Es un excelente médico, yo estoy muy bien gracias a Dios y a él, ¿quiere que le busque una cita para que lo revise? Casualmente al sacar la cita, había agendado una con el mismo neurólogo de Luis Fernando.

En este momento fray Rodrigo empieza la terapia física en el agua y un nuevo encuentro con la medicina alopática que le dio muy buenos resultados.

Los asistentes

El caballo y el gallinazo; en diferentes momentos de su evolución, los dos salvavidas.

Apodado el caballo es Gabriel Ramírez, estuvo en la etapa más crítica del proceso, pues para hacer la terapia debía trasladarlo por la piscina, por la gran pérdida de fuerza y estabilidad del padre. Cuando ya había recuperado en gran proporción su fuerza llega a escena el segundo personaje: El gallinazo Sergio Jerez, sobrenombre que le fue dado por su velocidad de reacción en momentos en que el padre ya no necesitó depender de otra persona para su desplazamiento: —Déjeme quieto, no me joda, parece un gallinazo.

Su peculiar forma de llevar siempre la contraria

Desde el inicio de todo este bonito proceso, fray Rodrigo se caracterizó por llevar la contraria en todo, si se dice azul él dice verde pero termina haciendo todo lo referente al azul, palabras como:

Ya me va a venir a joder... ni por el hijueputas voy hacer eso... usted está loca... usted es la malabarista de circo... hay no me deja ni hablar con las viejas... ya me va poner esa cincha... usted es una tirana... cirquera...

Su personalidad reflejada en forma de ironía y sarcasmo es su principal escape para ocultar ese ser sensible y maravilloso que emerge del dolor como una mariposa victoriosa.